

Y con efecto; muy pocos días ántes de espirar, llamó al dicho Juan Ruiz y le pidió los objetos santos que le había mostrado en Logroño, con más dos disciplinas, cuyo uso, muy frecuente, se notaba con solo mirarlas. Tomó en las manos la imagen del Señor y la mandó colgar por dentro de las cortinas de la cama, muy delante de su vista, y encargó, en presencia de su hijo, que en agonizando, se volviese á la misma caja y la guardase como precioso relicario el Príncipe heredero para que se aprovechase de ella, como su abuelo y su padre, en el último día de la vida. Y aquí añade Sigüenza, testigo de tan tristes sucesos: «Herencia de mucha estima, pues tal padre y tal abuelo le tuvieron en su boca quando rindieron el espíritu al señor mismo que lo avia dado. A D. Fernando de Toledo encargó guardasse las velas para que le dicesse una cuando fuese hora, junto con el Crucifijo.» Además ordenó Su Majestad en aquellos momentos que labrasen su ataúd, y terminado se lo pusiesen donde lo pudiese ver, dando él mismo la forma y el modelo con la serenidad de quien encarga tal obra para otra persona. «Seguridad grande del alma, apunta el dicho cronista, y señal de la certeza con que partia para su propia pátria.» Y porque se diga todo, la madera del ataúd se sacó de una viga que había sido quilla del galeón portugués llamado *Cinco Llagas* (Cinco Chagas), divisa de nuestra salud eterna. Forróse por dentro con raso blanco, por fuera con tela de oro negra, cruz de raso carmesí y la clavazón dorada <sup>1</sup>.

---

parece que aún quiso reinar y enseñorearse sobre la muerte. Estábala aguardando y tratando de sus cosas con tanta igualdad de ánimo, lo que á todos atemoriza, que dixera el que via, no era él el que estava tan al cabo, sino negocio de otro... Seys años antes, estando en Logroño, passava á las Cortes de Aragon, que se celebraron en Tarazona, mandó á Juan Ruyz de Velasco abrir un caxon de un escritorio que llevaba consigo, mostróle un crucifijo, etc...» P. Sigüenza en el libro III, páginas 68o y 68r.

<sup>1</sup> «Mandó en estos mismos días hacer su ataúd y que se le traxessen delante, y dava en todo la traza y el modo como si fuera negocio para otro.... Quiso tambien hiciessen una caja de plomo y le pusiesen en ella sin abrirle, y ansi encerrado no pudiesse exhalarse algun mal olor.» P. Sigüenza, libro y páginas antes dichos.

## III.

## EL MISMO ASUNTO.

Por todo cuanto se va diciendo, descúbrese bien la grandeza de ánimo, fortaleza y carácter incomparable del Rey Prudente, conforme atrás se deja declarado. De modo, que aquellos postreros días de D. Felipe II vinieron á confirmar y concluir el retrato que de tan gran Rey dejaron los historiadores que le vieron y le conocieron. No fué menor que las ya descritas, aquella escena acaecida en la alcoba real en 11 de Setiembre del dicho año de 1598, dos días ántes que espirase Su Majestad. Porque en tal fecha entraron á despedirse de su señor y padre el Príncipe y su hermana la señora Infanta, y allí postrados recibieron su última bendición, mostrando en los rostros padre é hijos indescriptible sentimiento de amargura y de dolor. «Padre tan querido, escribe Sigüenza, obedecido y respetado: hijos tales, tan obedientes, tan largo tiempo criados, tan tiernamente queridos, duramente se arrancan de las entrañas, si no ablandasse la esperanza viva de tornarse á gozar sin sobresalto de jamás perderse y apartarse.» En tan solemnes momentos el Rey entregó á Fr. Diego Yepes, su confesor, un papel en que iba escrito nuevo discurso muy pensado, profundísimo, de saludables consejos, tomados de los que San Luis, Rey de Francia, dió á su hijo en la postrera hora de su vida. Encargóle mucho que en habiendo él muerto leyese y explicase toda aquella doctrina al Rey su hijo, sin mudar ni quitar nada. Recomendaba con la eficacia de un padre moribundo á sus hijos que no dejasen de leer y escuchar con atención y reverencia aquellas máximas y consejos que tanto él mismo habia recapacitado antes de los escribir, «y por ser, añade Sigüenza, cosa al parecer inspirada del cielo en el corazón de un Rey tan santo.» Dirigidas después breves frases de mucha consolación y enseñanza á su hija la señora Infanta, ambos hermanos serenísimos besaron la real mano del padre, y recibiendo su ben-

dición, se retiraron con el alma traspasada de pena tal, que la pluma no sabe, ni atina á describir <sup>1</sup>.

Ya se ha dicho que en medio de sus dolores y tan tristes despedidas, el Prudente Monarca no abandonaba un punto el negocio de la salvación de su alma. Y así después de recibida la Santa Unción, comulgó aún varias veces, anhelando solamente unirse con Dios Sacramentado. «Tan sin hartar, dice Sigüenza, era aquella hambre y sed que tenia de llegarse á la verdadera fuente de su sustento.» En la víspera de su muerte díjole misa en el oratorio su confesor, junto á la cama: lo cual se hacía para comulgarle; mas aquel día temiendo los religiosos que le rodeaban que no pudiese pasar la Hostia Sacratísima á causa de su gran debilidad, no le dieron la Sagrada Comunión. De lo cual, añade el mismo historiador, «quejóse el Santo Rey á D. Cristóbal de Mora y despues á su confesor, agraviándose que no le avia comulgado. Respondióle, avia convenido ansi por el inconveniente dicho: importunóle le comulgase con una forma de las que se guardan en la custodia, tan entero estaba y tan deseoso de juntarse con Dios. Entretúvole el confe-

<sup>1</sup> «Viernes 11 de Setiembre, dos dias antes que muriese las dos luzes de sus ojos, el Príncipe nuestro señor y su hermana la señora Infanta, entraron á despedirse de su padre y á que les diese su bendicion, trance de gran sentimiento de ambas partes: y sin duda fué bien menester aquí ser tan reales estos corazones, y tan llenos de fé, para que no hiciesse tan amarga despedida algun daño..... En este mismo dia le dió á su confesor el P. Fr. Diego de Yepes un papel, en que estava escrita una singular doctrina..... Con esto Sus Altezas le besaron la mano, y él les echó su bendicion y se salieron con el sentimiento que se percibe mejor en el alma, que puede decirlo la pluma.» Sigüenza, página 682 del libro citado. Los *Consejos admirables* que escribió para su hijo andan impresos en la página 210 y siguientes del libro citado de Cristóbal Perez de Herrera. Son verdaderamente profundos y dignos de su regio autor. «Procurad, dice, hijo mio, amar mucho á Dios, porque sin amarle nadie puede ser salvo. Nunca deis lugar á pecado mortal, antes sufrid qualquier género de tormento, que dañeis vuestra alma con tal culpa. Cuando os sucedieren adversidades, sufridlas con buen ánimo y pensad que las teneis bien merecidas. Quando os sucediere todo prosperamente, con humildad dad gracias á Dios y no os ensobervezeais con lo que deveis ser mas humilde, ni seais peor con lo que deveis ser mejor. ....» etc.

sor, diciendo que lo consultaria con los médicos: y todo aquel dia estuvo con esta pena y con estas ansias vivas, y con ella murió. Creo que luego le cumplieron con hartura sus deseos, no ya al modo de los hombres, sino como angel.» Con lo cual se puede ponderar harto bien la grande fé, virtudes y divino amor en que ardía el pecho de tan piadoso Monarca, aún en aquellas horas y momentos en que el padecer no deja apenas levantar los ojos del alma á Dios en busca de misericordia <sup>1</sup>.

Al amanecer de aquella misma tarde, por indicación de los médicos de Cámara hubo de acercarse D. Cristóbal de Mora á Su Majestad para decirle cómo era menester aparejarse más y más á morir, porque la hora de la partida tremenda se acercaba. Oyóle el Rey, no con tristeza, sino con rostro alegre, porque tenia su voluntad muy resignada con la de Dios. Muchas veces había suplicado durante la enfermedad que al acercarse la hora última de su vida le avisasen para entregarse todo á su Criador. Al momento, oida la sentencia, mandó llamar al Arzobispo de Toledo, al Prior del Monasterio, á su confesor y á otros graves religiosos para que le ayudasen en trance tan espantable. Puestos en oración los individuos todos de la comunidad, derramando lágrimas y suspirando delante de Dios, llegó el Arzobispo de Toledo, y en plática muy tierna, estudiada, no corta, muy sencilla, excitó á Su Majestad á despedirse de la tierra y á no mirar sino al Cielo. «Entre otras razones, escribe Sigüenza, le dixo que quien tanto avia defendido y amparado la fé católica, la Iglesia Romana y al Sumo Pontífice, convenia que en aquel punto, como tan obediente hijo, confesase la misma fé y obediencia de esto. Su Majestad oyéndolo dixo con voz tan clara que lo percibieron todos: Sí, confieso y protesto; que fué ratificar la misma protestación de la fé que avia hecho algunos dias antes, como ya diximos; despues desta plática mandó al

<sup>1</sup> «Avia comulgado dos veces despues que le dieron la Extrema-Union, y quisiera él comulgar ciento..... El dia antes que muriese le dixo Misa su confesor en el oratorio junto á su cama. Quando allí se la decia era casi siempre para comulgarle, como estava tan acabado, avia peligro en esto, porque no podia passar la Hostia.....» En el tercer libro de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, del mismo P. Sigüenza, páginas 682 y 683.

Arzobispo le leyese la pasión de San Ioan: leyósele declarándole algunos passos devotos como mejor supo; mostrando en todos ellos *el santo Rey* un sentimiento admirable, como quien comenzava ya á gozar de sus frutos y celestiales efectos <sup>1</sup>.»

Cosa digna de mucha admiración: aquel gran Monarca, más atento á la salvación de su alma que á la enfermedad dolorosísima que padecía, no dejaba descansar, ni un punto, á los ministros de Dios que alternaban en exhortarle y ayudarle á bien morir. Ni perdía palabra de tantos y tan variados razonamientos: todo lo escuchaba con semblante de alegría sin jamás cansarse, como dice el citado cronista, de oirlo toda aquella noche en peso, que aún los muy sanos y fuertes se cansaban, y él les despertaba diciendo: «Padres, decidme más,» que cuanto más se allegaba á la fuente, tanto crecía más la sed. Arriba se ha indicado ya que D. Fernando de Toledo, servidor fidelísimo del Rey, era el encargado de entregarle, cuando llegase la hora postrera, una de aquellas dos candelas de Nuestra Señora de Montserrat, de que antes se hizo mérito. A las doce de aquella última noche, viendo señales alarmantes, quiso el susodicho D. Fernando poner en manos de Su Majestad una de las dos velas encendidas. Mas el Rey, con apacible semblante y seguridad extraña, le dijo: «Guardadla, que aún no es tiempo.» A lo que añade Sigüenza: «que no hace poca prueba de la certeza y claridad que tenía de su hora.» Y hubo testigos de vista, muy caballeros y dignos de entero crédito, que certificaron de cómo el Rey Prudente suplicó á Dios con mucha instancia que le quitase los dolores en la hora de la muerte, para poder con más entereza y conocimiento entregar el alma en sus manos divinas, sin que le embarazasen la enfermedad

<sup>1</sup> «La tarde antes de la última noche, dixerón los médicos á D. Christobal de Mora que Su Magestad se yva acabando aprisa, que se le dixese claro para que se aparejase á la partida, como si hubiera hecho otra cosa en el discurso de aquella enfermedad, *y aun de su vida*; pienso yo sabia harto mejor que ellos el punto. Avia el dicho muchas veces en estos dos dias postreros que le avisassen quando llegára su hora, porque queria hablar con Dios y convertirse todo á él.... Llegado el Arzobispo de Toledo, le hizo una plática estudiada que duró más de media hora....» Sigüenza, en el dicho libro III, pág. 683.

y dolencias del cuerpo. «Y advirtieron, escribe el referido historiador, que día y medio antes, quando ya los pulsos se apresuravan y davan señal de su fin, ningún género de dolor, ni de sentimiento de tantos males, como le cercaron para derribarle, tenia <sup>1</sup>.»

## IV.

## SU MUERTE.

Algunos sucesos que iban acaeciendo en aquellos días postreros de la enfermedad del pío Monarca, muestran claramente que Dios había oído sus plegarias, concediéndole especial reposo y descanso de los dolores. Porque á las tres de la mañana última de su vida tornóse á dar la candela de Nuestra Señora de Montserrat el buen caballero D. Fernando de Toledo. Y Su Majestad, como si supiera con certidumbre que el momento decisivo estaba próximo, se la tomó mirándole, y con apacible sonrisa le dijo: «Dadla acá, que ya es hora.» Estas palabras comenta con mucho seso el reverendo Sigüenza, de esta suerte: «No es aquel tiempo de risa para los tristes que no buscaron otra cosa en esta vida sinó gustos; mas sí para aquellas dichosas almas que usaron de los oficios y dignidades, y de las cosas deste mundo, como si no usáran: estos se

<sup>1</sup> «Cerca de la una de la noche llegó el confessor de Su Magestad que oy es, y le hizo otro razonamiento: escuchávalo todo el devoto Señor con alegre semblante.... D. Fernando de Toledo, que sirvió en esta y otras muchas enfermedades á su Rey.... estava cuydoso para darle una de las velas de Nuestra Señora de Monserrate que diximos le avia encomendado. Llegó á dársela á las doce de la noche.... Certifican algunos caballeros de su Cámara, dignos de toda fe, que Su Magestad pidió encarecidamente á Nuestro Señor, le hiziesse merced que á la hora de su muerte cesassen sus dolores, para que con más entero juicio y sin que el alma tuviesse necesidad de acudir á las cosas del cuerpo, ni sus males la embarazassen, pudiesse contemplar sus divinas misericordias al abrazarse con él y tratar su salvación.» Sigüenza, en el dicho libro, pág. 653.